

tas ó pieles curtidas, siendo de leones, tigres, lobos y otras fieras el traje de los señores ó caciques. De la caza sacaban á la vez el alimento. Al animal que mataban, le cortaban la cabeza y levantada en la mano la tenían expuesta un rato á los rayos del sol; la dejaban en el mismo lugar clavada en una pica que, con el arco y la flecha, constituían sus armas en la guerra, aunque para cazar usaban los caciques también la cervatana, de la que se dice haber sido ellos los introductores en la América.

Los chichimecas se fraccionaron y los de una sección fueron considerados como civilizadores del Anáhuac. Sus reyes promulgaron buenas leyes, introdujeron elementos prácticos de civilización y mejoría, para salir del estado semisalvaje en que vinieron á ocupar las tierras que abandonaban los toltecas. Los reyes de Atzacapozalco, cuando se hicieron emperadores de la monarquía chichimeca, vivían en casas regularmente construidas, ya no en grutas ó cavernas como el rey Xolotl; señalaron distintas clases, sus súbditos cultivaban algo la tierra y la caza siguió ministrándoles el alimento y el traje; asaban la carne, se vestían de pieles y las coronas de los reyes eran tejidas con yerbas silvestres, adornadas con plumas, pedrería y oro; sus diversiones consistían en las lides con las fieras, el salto, la carrera y los ejercicios militares; adoraban á los astros y llamaban al sol padre y á la luna madre de la tierra. La mezcla con los toltecas dió ilustración á las tribus que les siguieron, siendo de notar que en sus leyes se atendía á la defensa de la propiedad.

Atzacapozalco significa *lugar de hormigas*, no precisamente por las muchas que allí se encuentran, sino por la multitud de habitantes que tuvo. Las calles de ese pueblo eran en la antigüedad y han quedado hasta hoy muy irregulares; la población en su generalidad se dedicaba á la alfarería y su mercado competía con el gran *tianguis* de Tlaltelolco.

Después de la conquista fué disminuyendo la población de Atzacapozalco y á mediados del siglo XVIII ya estaba muy reducida. Dista dicho pueblo dos leguas de México y tres cuartos de legua de Tacuba, por el camino carretero que conduce á Tlalnepantla y ahora por la vía férrea urbana. Fué cabecera y República de indios con su gobernador; administraba los sacramentos un cura, religioso dominico. Hay porción de casas con huertas de árboles frutales, habitadas por individuos de posibles que cultivan aquel terreno feraz, cubierto de pueblecillos y haciendas; cosechan maíz, trigo y cebada.

Atzacapozalco era célebre, no solamente por la multitud de habitantes, sino por tener buenos artífices; allí labraban á Moctezuma todas las alhajas de oro y plata y se hacían las fundiciones de las joyas por los obreros que tenía destinados ese pueblo, en el que continuaron fabricando piezas de bronce, campanas, bisagras y clavos para puertas. Aquella enorme población se redujo á poco más de cinco mil habitantes por la rudeza de los conquistadores guerreros.

Los primeros misioneros que allí se radicaron fueron dominicos, sin duda por no poder los franciscanos atender á tantas misiones que tuvieron á su cargo, desde los primeros días de la conquista; fueron recibidos con benevolencia aquellos primeros emisarios del Evangelio, representantes de los principios humanitarios y transformadores de las costumbres de pueblos que iban á encarrilar por una nueva senda, á guiarlos en una época de mudanzas y prodigios que señalaron el *hasta aquí* á las rencillas y miserias del pasado, abriendo nuevos horizontes al porvenir.

Admirábanse los indígenas de encontrar en los caminos á los religiosos con los brazos cruzados, los ojos bajos y de verlos arrodillarse donde quiera que aparecía una cruz, ante la cual siempre oraban. Por todas partes donde iban practicaban sus rezos á las horas debidas, ya en el camino ó en las aldeas. Mostraban humildad y singular mansedumbre, y si los indígenas salían á encontrarlos reprendían en secreto á los que se presentaban.

Con esta conducta lograron atraerse completamente la admiración de aquellos indígenas que no sospecharon doblez ninguno, y les cobraron tal cariño que los obligaban á aceptar valiosas ofrendas, abandonaban la familia por seguir á los misioneros que, tal vez sin pensarlo, iban preparando el camino para hacerse dueños de las grandes riquezas que al principio menospreciaban.

Adoptando los más sencillos términos é hiriendo vivamente la imaginación, se dirigían á la muchedumbre, usando unas veces mesura y otras poseídos de un fervor divino; inculcaban sus doctrinas y se insinuaban dulcemente en el ánimo de los oyentes, que si comprendían poco las palabras, se impresionaban por el ademán y el fuego que brotaba del predicador.

Pasados los primeros años y procurando algún orden en la administración de los sacramentos, procedían los dominicos de esta manera: bautizaban desde luego que se radicaban en algún lugar, á los indígenas que educaban cerca del Monasterio, según la capacidad que en cada uno notaban; después seguían con los infantes y los que estaban fuera del pueblo. Deteníanse siempre algo más en los adultos, hasta que los consideraban catequizados é instruidos, á no ser con los enfermos que á la simple indicación de su voluntad los bautizaban. Administraban en muchos casos el bautismo con solo el agua y las palabras sin óleo y crisma, porque no lo había, hasta que con oportunidad lo tuvieron constantemente.

Muchos misioneros ya habían entonces aprendido el idioma de los catequizados y con él les predicaban y enseñaban la doctrina, instruyendo principalmente á los niños hijos de caciques, para que al subir al gobierno de sus familias llevaran el germen de las ideas religiosas; los niños más aprovechados usaban del púlpito para exponer á sus compañeros los conocimientos adquiridos; también los frailes les hacían cantar diariamente las horas de la Virgen y misas solemnes; muchas prácticas religiosas eran ejercidas por los educandos que rezaban maitines de la misma manera que los regulares, cuya tendencia era convertir á la sociedad en un gran convento y acostumar á los individuos de la clase indígena á metodizar su modo de vivir para moralizar las costumbres.

El signo de redención apareció en los *teocallis* de Atzacapozalco, como un geroglífico que descifrarian las generaciones futuras; desde luego, en el lugar que ocupaba el templo gentilicio apareció el convento de los dominicos, digno de notar por su antigüedad. Poseyó una área considerable; pero la acción del tiempo redujo á escombros una parte.

La iglesia está precedida de un átrio cuadrado, muy amplio, rodeado de tapias casi arruinadas, con pedestales en que se levantaban varias estatuas de piedra representando santos del Orden de Predicadores; las tres que descansaban á la entrada principal, fueron las de Santo Tomás de Aquino, San Pedro Mártir y Santo Domingo, hoy apenas descifrables. En el frente de los arcos que les corresponden aun se lee con trabajo lo siguiente: «*Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado. Lució éste como sol en la casa del Señor. Temed á Dios y dadle el honor debido.*» En el centro del cementerio estuvo el osario y por varios lugares vegetan algunos olivos seculares. Á la izquierda de la iglesia, que mira al Poniente, se abre la portería y sigue el patio principal, con sus corredores artesonados, techados con madera de cedro y las paredes cubiertas de pinturas, entre las que están dos cuadros de Juan Correa: *El Prendimiento* y *La Última Cena*. La construcción de la iglesia actual fué posterior á la del convento, pues en una viga de éste se encontró escrita esta fecha: «*Mexicapa: Á XXIV Marzo 1565 años.*» Esta iglesia fué abierta al culto el domingo 8 de Octubre de 1702; cerca de la entrada á la sacristía está colgado en la pared un cuadro con el retrato de una de las personas más notables del pueblo y en la parte inferior del lienzo se lee: «*D. José del Carmen Rocha, gobernador del pueblo de Atzacapozalco, insigne bienhechor de este convento.*» La fachada y la torre son de elegante construcción, su color sombrío contribuye al efecto pintoresco, que robustecen y completan las casas circunvecinas, los árboles, las colinas y el azul del firmamento que sirve de fondo al conjunto. Hacia el remate del primer cuerpo de la torre, se percibe una figura á maneta de hormiga, símbolo del nombre que lleva el pueblo.

El cementerio, sembrado de tumbas con inscripciones, más elevado que el piso de la plaza y de las calles, está plantado por frondosos olivares; tiene tres puertas y lo rodea la sólida tapia con arcos invertidos; una pequeña capilla dedicada á la Ascension del Señor se halla al lado de una de las puertas; al rededor del átrio están embutidas las cruces que servían para rezar las estaciones. Al lado derecho de la puerta principal del templo está la cruz verde, signo característico de las iglesias de dominicos; ni el tiempo, ni el cambio y las evoluciones de todo lo que al hombre rodea, han conseguido apartar ese signo cristiano, inseparable en los templos de la Orden de Predicadores.

Esa parroquia debe ocupar el sitio en que se levantaba el principal. *Ci ó* templo de los teparecas acúlhuas. Figuran en la iglesia altares de varias épocas, unos de estilo antiguo y otros del moderno, son ocho con muy regulares retablos; el púlpito ocupa la medianía del templo, cuya sólida construcción demuestra que en las obras antiguas no se economizaban gastos. Las campanas de la torre son armonio-

sas, producen gratísima impresión, reviven los recuerdos de épocas mejores y hacen aparecer ante la vista á personas queridas que ya no vuelven á presentarse en el mundo de la realidad. El órgano del templo es de muy buenas voces y está colocado en un coro amplio; el bautisterio es reducido y no corresponde á la extensión y amplitud de la iglesia.

En el antiguo claustro quedan aun cuadros representando en su mayor parte la Pasión de Jesucristo. ¡Cuánta tranquilidad! ¡qué augusta calma se goza aun en los claustros que los desastres del tiempo han respetado!

La portada de la iglesia es de sencilla arquitectura, está adornada con dos estatuas de santos y arriba tiene una ventana elíptica y otra circular que dan luz al coro. Al lado de la parroquia está otra iglesia con un campanil al frente, de forma semejante á los que usaron en sus templos los carmelitas.

Inmediata á la parroquia está la plaza con una fuente en el centro, un bonito jardín circundado por frondosos árboles y á un lado se ve un pequeño *kiosko* de madera. Allí, lo mismo que en el átrio de la iglesia y por todas partes, abundan las hormigas rojizas y de grande talla y tal vez á esa circunstancia se debe el haber llamado *hormiguero* á Atzacapozalco.

La fertilidad de aquel pueblo es debida á la abundancia de agua, pues no solamente la tiene de las vertientes que descienden de las cercanas alturas, sino que hay muchos pozos artesianos que la producen de excelente calidad; de aquí que haya por todas partes huertas y jardines cubiertos de verdura y esmaltados por las flores, aun en el rigor del Invierno.

La batalla de Atzacapozalco.

Dió mucha nombradía á esa población, la batalla que entre los españoles y los insurgentes al mando del Gral. Bustamante, tuvo verificativo el 19 de Agosto de... 1821. Los independientes se habían posesionado de Querétaro y emprendieron su marcha para la capital del virreinato, llenos de esperanzas, entusiasmados por el deseo de vencer por fin á un enemigo tan tenaz y obcecado, que todavía sembraba de obstáculos la marcha triunfal del ejército trigarante.

Á la vanguardia de los independientes iba el arrojado Epitacio Sanchez y seguían escalonadas las demás tropas. Habiéndose reunido en Huehuetoca las brigadas de Bustamante y Quintanar, al partir Iturbide para Puebla, el primero de esos jefes provocó á las tropas del realista Concha, deseoso de hallar una ocasión para batirlo y hubo un encuentro el 22 de Julio, en las lomas de Tepetzotlan, después del cual se retiró Concha á Cuautitlan, con algunas pérdidas por ambas partes, cortando el combate una tempestad y la entrada de la noche. Al siguiente día se retiraron los realistas y casi un mes pasaron marchando en diferentes direcciones, sin alejarse de la capital; el 18 de Agosto avanzaron los independientes para Tlalnepan-

tla y el 19, muy temprano, se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar, le expuso que ya era necesario estrechar el sitio de México y que si le parecía, iría con una seccion para reconocer algunos puntos apropósito en que apoyar las operaciones.

—«Compañero—le contestó Quintanar—nuestras fuerzas son insuficientes para obligar á las del gobierno á que se repleguen; además, temo que se comprometa alguna accion y faltar á las órdenes del primer jefe.

—«Tambien hay órdenes tuyas para reducir á los realistas al perímetro de la capital.»

Despues de una amplia y amigable discusion, se resolvió que acamparan las tropas en Atzacapozalco y haciendas inmediatas, para lo cual era preciso llamar la atencion de Concha que se encontraba en Tacuba. Fueron dispuestas y revista-das las fuerzas que habia de llevar Bustamante, y una hora despues se dirigia éste hácia el pueblo de Atzacapozalco.

Concha estaba en Tacuba con los regimientos expedicionarios nombrados: Infante D. Carlos, Castilla, Órdenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y Granaderos de Barcelona, algunos escuadrones y varios piquetes de infantería. Lleno aun de vigor y fuerza el ejército español, sentíase arrogante, no queria ceder en nada y contrariaba todo lo que indicara una tendencia siquiera á la emancipacion de la Nueva-España; alentado por la voz de sus jefes, disciplinado y bien equipado, con abundantes municiones y bien servida artillería, creia indudable la victoria y ansiaban un encuentro para recibir de la fortuna favores seguros; dura y altiva era la voz de los descendientes de aquellos capitanes que, en el mismo Atzacapozalco, habian visto prosternarse vencidos, á los nativos de estas tierras.

El entusiasta Bustamante para hacer sus movimientos, destacó una avanzada de ochenta caballos á las órdenes de un capitan, con objeto de llamar la atencion y reconocer las posiciones. Esa seccion se encontró con otra de realistas entre Tacuba y Atzacapozalco y los independientes la obligaron á retirarse. Entretanto Bustamante avanzaba con sus tropas y á las once de la mañana, mientras reconocia las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para buscar alojamiento, el capitan Nicolás Acosta, con algunas fuerzas, se dirigió á Tacuba y trabó una escaramuza que obligó al enemigo á abandonar un puente en el que se habia fortificado. El jefe de la brigada ayudó á Acosta á replegarse por no ser á propósito el punto en que se combatia, y los americanos se retiraron para Atzacapozalco, donde permanecieron algunas horas; cuando Bustamante emprendia su retirada para Santa Mónica, queriendo colocarse en el punto conveniente para dar la batalla que deseaba, fué atacada su retaguardia cerca de la hacienda de Careaga, por los realistas al mando de Bucelli, en número de mil infantes y trescientos de caballería con un cañon. Bustamante dispone una evolucion, forma guerrillas de infantería y caballería, manda tocar á esterminio y se pone á la cabeza de las tropas que con la voz y el ejemplo conduce á la lucha, mostrándose decidido y esforzado, con la valentía que le era peculiar, en pos de la gloria ó de la muerte, alentado

por el mas santo patriotismo é impulsado por su odio á los jefes realistas; arrastró tras sí á los dragones de Guanajuato y del Príncipe, á los Granaderos de la Corona y al Primero Americano, y con ellos dió una terrible carga á la espada y bayoneta; los enemigos caian por todas partes, sin que pudiera salvarlos la disciplina y el denuedo con que hacian frente, y habiendo embalado el cañon mexicano á otro de los que traian los españoles, tuvieron que retirarse éstos para Atzacapozalco, en donde se parapetaron para evitar su total derrota y reforzados con tropas de refresco, se hicieron fuertes en el convento y casas principales del pueblo; sobreponiéndose los independientes á todos los obstáculos que se presentaban por lo impracticable del terreno, fangoso, cortado por diversas zanjas, ó por no poder operar todas las fuerzas, llegaron con heroicidad y entusiasmo hasta el pié de los mismos parapetos donde los sorprendió la noche.

El capitan Encarnacion Ortiz, que se habia distinguido diferentes ocasiones en el Bajío, en la primera época de la Independencia, fué uno de los que por emulacion de honra y gloria, sobresalió en aquella jornada de la histórica Atzacapozalco. Á las ocho de la noche continuaba el tiroteo sin notable éxito, porque la oscuridad impedía á los mexicanos independientes distinguir los objetos y afirmar las punterías; en tanto que los españoles desde posiciones ventajosas lograban herir á sus agresores que no tenian mas parapetos que sus pechos y que con los gritos y las descargas, el toque de los clarines y el continuo ruido de las cajas de guerra, señalaban los puntos en que se encontraban. En medio de ese desastre, cuando comenzaba á recorrer en las filas de los independientes el espanto y el terror producido por los ayes de los heridos y moribundos, el valiente Encarnacion Ortiz, conocido generalmente con el sobrenombre del *Pachon*, dijo:

—«Ahora veremos si los Fieles del Potosí, van hasta donde llegan los de la Sierra de Guanajuato.»

—«Los Fieles,—le contestó un oficial de buena presencia, llamado Manuel Arana—van hasta donde llegan los hombres; vamos adelante, compañero.»

Ambos oficiales, seguidos por sus soldados, dieron una terrible carga, acuchillando á varios realistas en la plaza de Atzacapozalco, muriendo tambien algunos de los independientes. Fuerzas enviadas por Bustamante llegaron en apoyo de las de Ortiz. Con actos de admirable intrepidez fué colocada una pieza de artillería en la entrada de la plaza, á tiro de pistola del enemigo y de su artillería que lanzaba lluvia de balas y metralla.

Los españoles sufrían ya pérdidas de consideracion, pero recibían constantemente refuerzos de tropas y municiones; á las once de la noche eran muy desfavorables las circunstancias para los independientes, cuyo parque se habia agotado, haciendo estériles la constancia y el heroismo con que desafiaban la muerte. Ante esas dificultades ordenó la retirada el Gral. Bustamante, muy satisfecho de sus soldados, á quienes daba el tierno nombre de hijos; pero dispuso que la retirada no se efectuara sin llevar la pieza que habia quedado á la entrada de la plaza.

—«Han muerto las mulas, no háy carreteros, se ha descompuesto la armon y el cañon está atascado en el fango,» le contestaron.

—«Sin embargo, no debe abandonarse, replicó Ortiz; vamos á traerlo,» y acompañando la accion á la palabra, se dirigió sin vacilar con sus intrépidos soldados, unido con Arana y sus dragones. Una parte de estos valientes llamaba la atencion del enemigo, en tanto que los demás procuraban sacar el cañon con las reatas, tirando de la cabeza de las sillas; la empresa era por demás temeraria, en su mayor parte los denodados dragones habian quedado muertos ó heridos al hacer esfuerzos sobrehumanos, distinguiéndose Encarnacion Ortiz, modelo de valor y patriotismo; estaba afanoso en la faena, cuando al pié del cañon cayó á su vez cubierto de heridas mortales. Arana tambien fué herido.

La muerte de Ortiz causó grande impresion; el cuerpo de éste patriota fué recogido y terminó la jornada retirándose todos los independientes para Santa Mónica, con los laureles adquiridos en el pueblo de Atzacapozalco aquella memorable noche; pero la mucha sangre derramada por los intrépidos soldados, constituyó una página de luto en nuestra historia, que guarda ufana la fecha del 19 de Agosto, nuevo timbre que ha dado lustre al antiguo pueblo de Atzacapozalco.

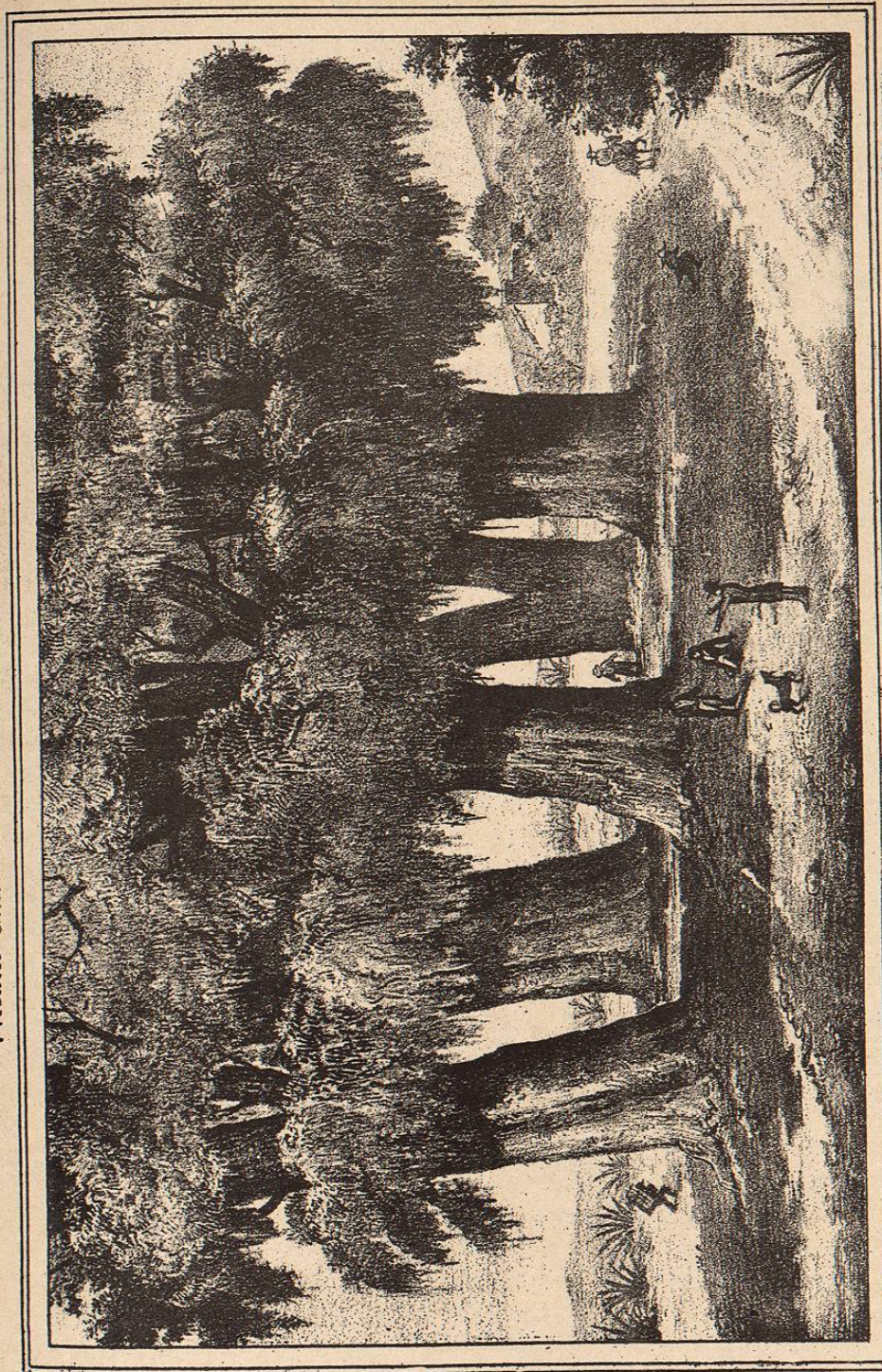
El Manantial de Zancopinca.

Uno de los sitios notables, cerca de Atzacapozalco, es ese manantial á cuyo derredor se procura hoy establecer una colonia de italianos, que esperan á que se componga el terreno. Caminando un cuarto de hora por la calle que se extiende á espaldas del ex-convento, hácia el Oriente, se llega al ameno lugar en que resaltan las ruinas de un acueducto cerca de una alberca de agua dulce, potable, de la cual, segun se cree, se surtió Santiago Tlaltelolco, en otro tiempo ciudad rival de México y hoy uno de sus barrios.

En aquel manantial la tradicion hacia aparecer á la Malintzin, náyade que se cuenta haberse presentado tambien á la mitad del dia en la alberca de Chapultepec y que se ha personificado en una montaña que se levanta á corta distancia de la ciudad de Puebla. Las preocupaciones llegaron al extremo de asegurar, que cuando alguna vez se veia la ninfa de Zancopinca, era seguro el hechizo y que el que la contemplaba quedaba herido de amores por la hermosura divina que la revestia; la imaginacion del pueblo ha llegado á crear allí suavísimas melodías que vienen de una region misteriosa y se propagán por la llanura, ya en forma de acentos tristes como el sufrimiento, ó etéreos é inefables, semejantes á los gorgéos de las aves en la noche.

En nuestros dias se ha querido introducir nuevamente el agua de aquel manantial al barrio de Santiago; pero se ha encontrado que la diferencia de altura es muy

México Pintoresco. = Tomo II. = Alrededores de México.



LIT. DE MURGUÍA.

Paseo de los ahuehuetes ó sabinos en Atzacapozalco.